

## Recuento de la XXIII Muestra Nacional de Teatro en México

### Enrique Mijares

Era el último día de la XXIII Muestra Nacional de Teatro que en esta ocasión se realizó en Xalapa, Veracruz, y la situación era crítica. La programación iba en picada al grado de que la noche anterior había tocado fondo con el desastroso estreno de *Dos aventuras neogóticas*, bajo la firma de Eduardo Ruiz Saviñón y con la lastimosa complicidad de la Compañía Titular de Teatro de la Universidad Veracruzana. Preocupante, ¿no les parece? Para decir lo menos, es una señal que debe motivar la reflexión de las instituciones aludidas: el INBA y la Universidad Veracruzana; el primero en cuanto a la mecánica, las personas y los criterios para el diseño de la programación, y la segunda en cuanto al bajo nivel de sus obras participantes, tanto las que la representaron de manera oficial (las ya citadas aventuras pastoreleras; *La Prisionera* con una deliciosa interpretación de Lumi Cavazos que los desorbitados arrebatos de Felio Eliel y Juana María Garza se encargaron de desmentir; y *Las tremendas aventuras de la capitana Gazpacho* o de cómo Roberto Benítez se cargó la memoria de Gerardo Mancebo del Castillo), como las perpetradas con su venia por alumnos y/o egresados de la Facultad de Teatro (*La venganza de las margaritas*, genial los primeros 35 minutos y detestable la otra mitad; *Fin de partida*, provocadora y hostil hasta propiciar deserciones y/o micciones del público; *El rey se muere*, un trasnochado ejercicio del que no los salvó ni la magistral intervención de los primeros actores José Solé y Claudio Obregón, quienes de manera fortuita se hallaban entre el público).

Los veracruzanos todavía se preguntan quién y cómo se hizo la selección en su estado, por qué no fueron considerados los grupos que operan en el puerto (los de Selene Ariza, Carlos Vigil y Antonio Argudín), el Oro Negro de Poza Rica o Los Hijos del Maíz de Orizaba. En cambio se incluyó Foro 4 de Córdoba, con unos *Juegos profanos* espeluznantes, no por lo

macabro del texto, que lo es en varios sentidos incluido el literario, ni por la intervención de un par de esqueletos que exige la trama, sino por lo siniestro de la dirección y las interpretaciones que revelan un desconocimiento ni siquiera disculpable en los peores aficionados.

Decepcionante la presencia del DF, que suscrita por la pedantería de *Ana ¿verdad?* – un cuento “verde” con olor a petate que sale a escena la última mañana y que junto con los *Juegos profanos* de esa misma tarde acaba de desmoronar todas nuestras esperanzas – había sido refrendada ya por sus colegas chilangos de: *El automóvil gris*, tomadura de pelo que los snobs a ultranza calificaron de genial; *El ogrito*, a quien no salva ni la comedida y siempre dulce intervención de Arcelia Ramírez; *El canto del dime-dime*, pésima traducción de un farragoso texto canadiense que el propio Boris Schoemann, también director y actor, se encargó de enfatizar; y *Mujeres en el encierro*, el centro vacacional que la autora y directora apellidó onírico y que no pasaba de ser una cárcel rosada al más puro estilo de Corín Tellado o Yolanda Vargas Dulché.

Con las improvisaciones *Pastejé y Trataría* que se presentaron off Muestra en el trasnochatorio, el *Macbeth* de Jesusa Rodríguez que no acudió y la parte proporcional que le corresponde de *La prisionera*, se completa la lección que año con año pretende dar la metrópoli a la república teatral. No me queda pues sino hablar de la periferia, de las obras que enviaron los doce estados participantes, de eso que a mi modo de ver es y debe ser la verdadera Muestra Nacional de Teatro.

A pesar del segundo tropiezo consecutivo de *Impecable y Diamantina* de Jalisco (se había presentado el año anterior en la Muestra de Guadalajara) y de la invitación que con motivo del homenaje a Carballido se extendió a los novatos de la Compañía Estatal de Teatro de Colima a quienes no les llegó la *Ayuda celestial* que tanto requerían, la república teatral, frente a los embates del centralismo, se mantuvo incólume, fiel a su espejo diario, dando ejemplo de un quehacer cuidadoso, perseverante, en que la diversidad de la factura y los altibajos en la ejecución sólo acusan la preocupación personal de los creadores respecto a la comunidad en la que viven y a la que atienden.

La versión charra que hace Fernando de Ita de *El Avaro* de Moliere queda inscrita en la tradición popular que adaptó (recreó) muchas de las grandes obras de la literatura universal para dar sentido a la época de oro del cine nacional; es asimismo consecuente con el espíritu de la Comedia del Arte que entonces inspiró al autor francés y que ahora proporciona a los actores de Hidalgo, en particular a Edmundo Lima, los elementos para

sustanciar a personajes que el binarismo perverso nos lleva a odiar o querer sin medias tintas. Hubo a quien le molestaron los escauceos accidentalmente amorosos o equívocos a los cuales en un momento dado se abandonan los hermanos Elisa y Clemente, a mí me parece que es uno de los pocos detalles en que se puede advertir la renuencia del director a acatar el canon que dicta desde el púlpito lo que debe ser y cierra los ojos para disimular lo que en realidad es. Esto, por desgracia no ocurre en el montaje de Coahuila, donde *El médico a palos* se concreta a enaltecer la marrullería y las apariencias.

*Pervertimento* de Nuevo León – si bien las esforzadas actuaciones consiguen dar significado a algunas de las escenas y hasta hacer lucir convincente y redonda aquella en la que el director manipula desde la sala las emociones de la pareja de actores que se debate indemne en el espacio vacío – le estorba la incontinencia de un autor desde hace tiempo obsesionado por la problemática interna del teatro, esto es, por las dudas y reticencias del actor, los alardes hitlerianos de un director caprichoso e histérico, los distintos grados de dependencia con el texto, los lazos que se tejen y destejen entre los participantes durante el proceso e incluso en la representación. Algo similar e igualmente grave les sucede a *Los naufragios de Álgvar Núñez Cabeza de Vaca* (Sinaloa), pues comparten dramaturgo y por ende, los mismos chistes privados, los mismos guiños a una élite de espectadores teatrales que marcan una buena parte de su producción (*El ñaque, Los figurantes*), al parecer encaminada a seducir a la posible clientela de sus cada vez más numerosos talleres hispanoamericanos. Así, la tormentosa caligrafía de Sanchis Sinisterra hace naufragar en la inconsecuencia y en el hastío las poderosas imágenes que Alberto Solián coloca cual diques en los intersticios pero que no son capaces de contener la andanada arbitraria y sin propósito de tiempos y espacios. Y eso que, como una atención al público, el director le cortó una a las tres horas que podría durar el texto completo.

*La versión de los vencidos*, con todos los errores de dicción y no comprendida dinámica del teatro callejero, es un buen intento y aunque no cumple con el planteamiento de hablar desde los pueblos indios, revela un despunte promisorio en el panorama teatral de Quintana Roo, del que poco se sabía en los últimos años, luego del trabajo que realizó allá en su momento Tere Colón.

Querétaro tergiversa los símbolos y nos hace ver a un Carlos Salinas traicionado en lugar de traidor; si este actor, Ituriel Hernández (cuyo parecido con el expresidente resulta espeluznante) en vez de a Borges interpretara a Vidal, otro gallo le cantarí a *El atentado* de Jorge Ibarguengoitia. En la

plástica de conjunto hay aciertos en la composición estática y suciedad en los desplazamientos, quizá sea conveniente que el coreógrafo Orlando Scheker, cuyo Vidal Sánchez es modelo de pulcritud, les dé una ayudadita a sus compañeros; entonces tal vez pudieran emular la maquinaria de relojería con que ejecutan su tarea escénica *Los hijos de Edipo*, espectáculo del estado de Morelos, factura correcta y emisión y emoción impecables. Lástima no poder decir lo mismo del *Macbeth* que presentó Michoacán, a quien el cambio de espacio perjudicó en dicción a los actores, pero le trajo beneficios a las brujas quienes lucieron impresionantes al tomar por asalto los pasos de gato y demás estructuras del foro.

Felipe Tututi y Ángel Norzagaray en *Gracias, querida* (Baja California) brindaron una muy bien aprendida y muy hecha lección de clown al servicio de un texto inteligente que resalta los únicos valores con los que es posible enfrentar los peligros mecanicistas y aislantes de la globalidad: la aceptación del otro, la necesidad del otro, la solidaridad con el otro, la prolongación en el otro, la tolerancia del otro, la sensación de estar completos haciendo pareja con el otro, y en pocas palabras, la comprensión de nuestra individualidad como entidad susceptible de interacción con los demás.

Y cuando ya la Muestra parecía agonizar en medio de estertores, quiero decir, cuando a la mitad del último día acabábamos de ser testigos de los dos peores montajes de toda la programación, por la noche el evento no sólo resucitó de sus cenizas sino que se encumbró hasta el excelsior del teatro que se hace en el interior del país: *Las tres preguntas del Diablo enamorado* y *Las pirañas aman en cuaresma*.

Mediante una bullanguera comparsa a la que no le falta la carreta donde es transportado Beren el Diablo condenado a vagar por el mundo en busca de una novia imposible, trashumantes que van de feria en fiesta nimbados de una energía que los hace parecer dispuestos a conquistar la noche, los actores de Aguascalientes surgen de la oscuridad bordeando los lagos de Xalapa y abordan la Plaza V Centenario previamente dispuesta como el ara donde habrán de celebrarse los anhelados esponsales. Portadores del fuego, llegan y encienden los ánimos. Señores de la danza, hacen bailar las pupilas y cintilar las sonrisas. Juglares del pueblo, entonan canciones que todos coreamos. No hay alarde ni grandilocuencia; sólo sinceridad, teatro de calle, sí, pero tan verdadero que es capaz de concitar a los dos lados del binomio en un ritual comunitario donde las llamas son a la vez purificación que adorno de la fiesta. La trama, sencilla. La estructura, un módulo en tres variantes: cada uno a su turno, los acompañantes buscan entre los presentes a la doncella

que logre responder una pregunta recurrente, más grave e insoluble que aquellos enigmas planteados por la esfinge en las encrucijadas de Delfos: ¿Cuál es el lugar que está más cerca al corazón del hombre? Como ninguna de las elegidas de entre el público lo sabe, la comitiva se va y el Diablo arde en la lumbre de un amor jamás correspondido. No obstante, *Las tres preguntas del Diablo enamorado* no se quedan sin respuesta: el aplauso es unánime; los sesenta minutos que nos regalan los integrantes de La Quinta, encabezados por un excelente Armando Calderón y dirigidos por Francisco Lozano, nos dan motivos suficientes para recuperar la fe en el teatro que se hace en la provincia mexicana.

Recluido desde hace tiempo en el Teatro Estudio T, su santuario jalapeño, Abraham Oceransky no está retirado sin embargo de los vaivenes de la creación; como todos los hombres de talento, alterna la genialidad con el fracaso, el clamor de los aplausos y las ovaciones con el silencio y la indiferencia. El año pasado le vimos convertir el Rashomón de Kurozawa en un *Hotel de los corazones rotos* que, a pesar de concretar algunas imágenes imponentes, no logró arrebatar nuestro entusiasmo. Hoy nos quitamos el sombrero para saludar su personalísima versión de *Las pirañas aman en cuaresma*. Por donde se la mire, supera todos los aciertos imaginables: Empieza estableciendo una convención de habla costeña, cerrada, preñada de negritud, que luego campea a lo largo del espectáculo, aun cuando los actores la han abandonado de inmediato. Subraya con sarcasmo los puntos débiles de un diálogo y unas situaciones que Hugo Argüelles, autor del guión original, hace periclitar en la truculencia, y los torna resplandecientes, los vuelve inefables, dotados de una especial inocencia, una simplicidad casi infantil, pero no ingenua, no, cuidado, ninguno de los recursos empleados es gratuito ni impune, sino producto de la experiencia, el oficio y la excelencia, por qué no decirlo, por qué escatimar elogios cuando se está delante de una obra maestra donde se equilibran la densidad macabra con la sonrisa de incredulidad; esto es: humor negro y humor blanco en perfecta armonía.

El año próximo la Muestra será en Morelia, Michoacán.

*Universidad de Durango*